

La última vieja de la calle Clavijo

San Vicente Mártir

¿Cincuenta? ¿Cien? ¿Quinientos? ¿A cuántos funerales puede asistir una persona a lo largo de su vida? Nora tenía la sensación de estar batiendo todos los récords. El de aquel día se le estaba haciendo largo. Era en la parroquia de San Vicente Mártir, en su barrio, donde ya había examinado todos los retablos, estatuas, relieves y cuadros. Detrás del altar, el santo aparecía en una enorme imagen atado a una cruz en aspa. Ella le prestaba siempre más atención a un romano con barba y pómulos marcados que se encontraba a un lado de la escena. Le parecía guapo. En las películas americanas siempre aparecía algún amigo o familiar dispuesto a dirigir unas palabras desde el atril para honrar al difunto y dar un poco de vidilla a la ceremonia. Eran discursos perfectos, emotivos, que provocaban que los asistentes rieran al tiempo que se enjugaban las lágrimas, para después tomar con ternura la mano de sus acompañantes. En San Vicente eso no pasaba nunca. Uno de los pocos entretenimientos que podía ofrecer aquella ceremonia era que el padre Benito se arrancara a cantar. Solía hacerlo si llevaba un par de vinos en el cuerpo y notaba que la atención del público decaía. Era pequeño y desgarbado, parecía un viejo en un cuerpo de niño y todas las casullas que utilizaba parecían prestadas. Aún conservaba una buena mata de pelo, que teñía de un negro demasiado artificial. Por estas cosas y alguna más, en el barrio lo llamaban "*Raphael*".

Para algarabía de los feligreses llegó el momento. El padre Benito interrumpió la lectura de la Primera Carta del apóstol San Pablo a los Corintios y levantando los brazos con la mirada en el techo se entregó al canto.

Nora, con una discreta sonrisa soltó un codazo a su derecha. Al no sentir la habitual respuesta, miró sin girar la cabeza y recordó que esta vez Dolores estaba al otro lado, un poco más adelante, dentro de aquel féretro.

Tras la última estrofa, el Padre Benito permaneció un largo minuto en silencio, con la barbilla y los brazos en alto, como si estuviera recibiendo los aplausos de un abarrotado Madison Square Garden.

La librería

Antonio observaba su mujer desde el sillón. Cuando cruzaba para coger una chaqueta, cuando quitaba el polvo, cuando barría, cuando fregaba... sólo dejaba de hacerlo para leer. Era su manera de decirle que veía lo que hacía, que le estaba agradecido y que sentía no poder hacer su parte. A Nora le ponía nerviosa.

El viejo aceptaba que sus piernas ya no le aseguraran estabilidad y que el pulso de sus manos le hiciera derramar algo casi todos los días. Lo que más le dolía era el leve gesto que le provocaba su medio labio paralizado. Decía de sí mismo que no había sido un hombre guapo, ni de gran labia, pero que con su mirada había conseguido grandes cosas e incluso había obrado “el milagro de llevarse a la Norita”. Ahora “solo tenía cara de bobo y tenía que estar siempre pendiente de limpiarse la baba.”

A Antonio le gustaba decir que gracias al *jamacuco*, podía volver a leer a Delibes por primera vez. A cada rato, con entusiasmo infantil llamaba a su mujer para leerle algún párrafo genial *¡Norita! ¡Norita!* decía, y ella se detenía para escucharlo. Tenían todos sus libros en la librería del comedor. Le tenían un gran aprecio a ese mueble, aunque suponían que sería lo primero que retiraría cualquier pareja joven que llegara a vivir a aquella casa. Todos los vecinos del bloque compraron el mismo. De brillante color caoba, no era a medida pero lo parecía, encajaba entre el saliente del pilar y la pared y solo le separaba un palmo del techo. Todavía conservaban la enciclopedia. Tras un cristal opaco, con flores dibujadas, el mueble bar guardaba media docena de copas, una botella de coñac y otra de whisky sin abrir. La televisión plana no quedaba tan bien como la que tenían antes. En los cajones guardaban las instrucciones de los electrodomésticos, los manteles y algún álbum de fotos pendiente de ordenar. El resto de los estantes estaba ocupado por recuerdos traídos de sus viajes, en su mayoría réplicas de los monumentos más representativos de cada lugar visitado. El Alcázar de Toledo, el Acueducto de Segovia, la Puerta de Alcalá, la Giralda, la Sagrada Familia... Todos eran más o menos del mismo tamaño, salvo la torre de San Martín de Teruel, que se la ofrecieron al mismo precio que la pequeña y sintieron el impulso de quedársela. Los primeros viajes los hicieron con sus antiguos vecinos, Jacinto y Lola. Jacinto hace veinte años que murió y Lola sólo reconoce a sus hijos algunos días. Después fueron alternando compañeros que acabaron dispersos entre residencias,

hospitales y cementerios varios. Las últimas veces fueron solos y cuando a Antonio le dio el ictus dejaron de viajar.

La consulta

En la sala de espera, frente a la puerta de la consulta del Doctor Céspedes hijo, Nora observaba al resto de pacientes. Había dos señoras que, con las piernas muy juntas, se aferraban a sus bolsos y tragaban saliva constantemente. Un señor miraba su teléfono por encima de las gafas y con precaución de artificiero, pulsaba con el dedo índice, hasta que se sobresaltó y sobresaltó a todos los allí presentes al abrir un vídeo con el volumen demasiado alto. Tardó en bajarlo lo justo para que todos se quedaran con ganas de oír el final del chiste. En ese momento, las señoras de los bolsos se miraron a la cara por primera vez y se estableció entre ellas algún tipo de conexión instantánea.

—Mi marido me dice que le han recetado flanes y yo le digo que no puede ser, he venido a que el médico me explique si es eso verdad.

—Cuando te dicen que comas lo que quieras malo... Mi cuñada vino por unos mareos, le hicieron unos análisis de esos que te dicen que no van a sacar nada y resulta que ya no había solución. Dos meses duró.

Después resultó que las dos tenían tres nietos y llegaron a la conclusión de que sus hijos mayores probablemente se conocerían porque los dos vivían en Madrid.

—¡Nicanora Garcés! —Gritó el médico. Quizá lo había dicho antes más bajito.

Entró a la consulta sin saber muy bien qué es lo que quería escuchar. La muerte de Dolores pocas semanas antes y el deterioro de su marido le habían hecho desarrollar un enorme temor a la soledad. Asustada y baja de ánimo, había perdido algo de peso y por las noches tenía molestias en el estómago que le impedían conciliar el sueño. Por eso se había hecho los análisis. El doctor examinó los resultados, fue asintiendo mientras leía en voz baja, limpió los cristales de sus gafas con parsimonia y dijo “Nicanora, nos va usted a enterrar a todos”. Y Nora sintió una pereza infinita.

Final feliz

Aquella tarde Antonio se vio fuerte. Cogió el brazo de su mujer, aunque era ella la que le sujetaba y salieron a dar un paseo. Llegaron hasta el parque y se quedaron en un banco con sol y sombra. Una hora más tarde, cuando se cansaron de ver pasar desconocidos, volvieron al número 22 de la calle Batalla de Clavijo, calle Clavijo para los de la zona. Vivían en el 3ºB y no había ascensor pero podía ser peor, había 4º.

—Mañana más —dijo Antonio tratando de sonreír.

Para aprovechar el tiempo hasta la hora de la cena se entregaron a la lectura. Cada uno ocupaba su sillón. Habían quedado atrás los tiempos en los que él se sentaba en el sofá y ella, tumbada, apoyaba sus piernas encima. Cuando el libro cayó al suelo, Nora cerró rápidamente el suyo y lo recogió. Al incorporarse no vio a su marido ansioso, estirando los brazos para recuperarlo como otras veces. Tenía el cuello ladeado y los párpados caídos sólo a medias. Llevó a cabo el trámite de buscarle el pulso, puso el oído sobre su corazón y corroboró que no había nada que hacer. Le enderezó la cabeza y besó su boca. Se mantuvo largo rato abrazada a él hasta que se levantó y se acercó a la librería. Sopesó la Torre de San Martín con las dos manos y la agarró fuerte de un extremo. Se colocó detrás del sillón, cerró los ojos y utilizando el souvenir a modo de martillo, golpeó fuerte en la cabeza de Antonio. Tres veces. Sintió cómo una gota de sangre le salpicaba en el labio. Dejó caer el objeto y palpando la pared llegó a la cocina. Una vez allí cerró la puerta y entonces se atrevió a abrir los ojos. Solo tenía que hacer una llamada.

Dos semanas después, tras oír sus apellidos por megafonía, dejó en la mesa el cubilete verde y se dirigió a los locutorios. El abogado de oficio no traía buena cara. El juez había visto indicios de ensañamiento y sólo quedaba la opción de alegar algún tipo de problema médico.

—Me encuentro perfectamente, tengo unos análisis recientes que lo demuestran — dijo antes de levantarse y dejar al picapleitos con la palabra en la boca.

Cuando se reincorporó a la partida de parchís, miró a sus jóvenes compañeras y sonrió, nunca más tendría que ir a un funeral.